

LIBROS

Leila Guerriero
LA LLAMADA

Agustín Serrano de Haro
HANNAH ARENDT Y ESPAÑA

Patrick Bixby
PERMISO PARA VIAJAR. UNA
HISTORIA CULTURAL DEL PASAPORTE

Calvin Tomkins
VIVIR BIEN ES LA MEJOR VENGANZA

David Jorge
DE LA REVOLUCIÓN AL
ANTIFASCISMO. LA KOMINTERN
Y EL DESARROLLO DE UNA CAUSA
TRANSNACIONAL

Karen Villeda
TEORÍA DE CUERDAS

Margo Glantz y Tamara Kamenszain
YA TE LLEGARÁ. CORRESPONDENCIA 1984-1997

PERIODISMO

La culpa de la superviviente

por Ricardo Dudda



Leila Guerriero
LA LLAMADA
Barcelona, Anagrama,
2024, 432 pp.

Años de plomo: Toda biografía política argentina debe comenzar con Perón. El presidente Juan Domingo Perón falleció el 1 de julio de 1974, tras tres mandatos presidenciales no consecutivos (1946-1952, 1952-1955 y 1973-1974). Al momento de su muerte, en Argentina operaba una banda parapolicial de extrema derecha, la Alianza Anticomunista Argentina, la conocida como Triple A, y varios grupos de guerrilla de izquierdas, especialmente Montoneros, de corte peronista. El 24 de marzo de 1976 una junta militar dio un golpe de Estado

que instauró una dictadura que duró hasta 1983.

ESMA: La ESMA fue la Escuela Mecánica de la Armada, un centro clandestino de detención de la dictadura. Allí fueron secuestradas, torturadas y asesinadas 5.000 personas. “Cada miércoles se seleccionaba a un grupo de personas, se las anestesiaba con pentotal y se las arrojaba al Río de la Plata o al mar desde un avión. Había otros métodos: un balazo. Entonces se realizaba un ‘asadito’: se quemaba el cuerpo en el parque que hay detrás.” De la ESMA solo salieron vivas doscientas personas. Entre ellas está Silvia Labayru, que trabajaba en la inteligencia de Montoneros. Hija de militar, de origen burgués, familia bien (como muchos de los montoneros que aparecen en el libro), fue secuestrada el 29 de diciembre de 1976. Cuando la capturaron, “tenía la pastilla de cianuro y la pistola en el bolso, pero la aferraron desde atrás para que no pudiera tragar. Tragar. ¿Lo hubiera hecho? Cinco meses de embarazo”. En la ESMA nació su primera hija, Vera, cuyo padre era también montonero, Alberto Lennie.

Vera fue entregada a sus abuelos nada más nacer; su madre no saldría hasta junio de 1978. “Pensaron mucho en la revolución pero en mí pensaron muy poco”, dice Vera.

Violación: Guerriero dosifica el terror que le cuenta Labayru. Su narración va sugiriendo, revelando parcialmente. Las violaciones no son descritas explícitamente. Los militares usaban la violación como un instrumento de tortura, pero también era una manera de ejercer un sometimiento a largo plazo. Labayru era violada por un mismo hombre, había una especie de simulacro siniestro de relación. “Vas a tener que adelgazar y tener una relación con un oficial. No va a ser una relación que afecte a la moral cristiana de tu matrimonio”, le dijeron. Ese oficial la violaba de manera regular (le llegó a comprar un diafragma) e involucraba a su propia esposa.

Labayru y todas las mujeres militantes que entrevista Guerriero critican duramente la misoginia de Montoneros, que incluso las mujeres del grupo interiorizaron: muchas que fueron violadas tenían confesarlo

porque eso implicaba mancillar el “honor” de sus maridos y novios guerrilleros. “A mí en Montoneros me hicieron un juicio político por querer abortar. Me bajaron el rango. Aborté igual, claro. Pero era una desviación pequeñoburguesa, había que tener hijos para la revolución.” Todavía hoy Silvia Labayru tiene que defender que las relaciones que tuvo con los militares durante su secuestro fueron siempre sin consentimiento y bajo un clima terrorífico de amenazas: “Hay mucho prurito con que las violaciones tienen que cursar necesariamente con violencia, con una sensación de repugnancia y que no puede haber ninguna forma de placer. Y dices: ‘Mira, aunque hayas tenido placer, aunque hayas tenido cuarenta y ocho orgasmos, fue una violación igual.’”

“*Recuperación*”: En el año y medio que estuvo secuestrada, Labayru no solo fue torturada y violada sino que los militares probaron con ella un siniestro programa de “recuperación”. Creían que había gente rescataable, “personas recuperables que tenían que cumplir patrones fenotípicos y también raciales y religiosos. Y ella encajaba perfectamente. No era judía, familia de militares, rubia, ojos celestes”. Labayru iba con su falsa pareja a “reuniones sociales con señoras de alta alcurnia”, a restaurantes caros de Buenos Aires, a la peluquería. Podía a veces dormir en su casa y visitar a su padre, hacer recados por el barrio, incluso viajar al extranjero para reunirse con su marido, pero siempre estaba controlada y amenazada por los militares. Nunca se atrevió a escapar: una tortura psicológica de la dictadura contra Montoneros era el secuestro, tortura y amenaza de muerte de sus familiares. La posibilidad de salir al mundo real y luego tener que volver al encierro formaba parte de una retorcida estrategia de manipulación.

“*Autocrítica*”: Todos o casi todos los miembros de Montoneros entrevistados por Guerriero tienen una

visión muy amarga y crítica con el movimiento. “Nuestra inmolación no sirvió mayormente para nada”, dice Labayru. “O sí: le sirvió mucho a la dictadura para perpetuarse en el poder, aniquilar el aparato productivo de la Argentina, arrasarlo con un movimiento sindical que era muy fuerte.” Irene Scheimberg: “Nosotros en gran parte contribuimos a que viniera la represión.” Alberto Lennie: “Me hago cargo de haber participado en una situación que llevó a la Argentina a un lugar de mucho horror. Creyendo que estábamos haciendo todo lo contrario, fuimos muy operativos a los sectores más fascistas, reaccionarios y violentos.”

“*Traición*”: Los supervivientes suelen cargar con la culpa toda la vida. ¿Por qué yo viví y otros muchos no? A Labayru los supervivientes de Montoneros y demás militantes de izquierda le endosaron otro tipo de “culpa del superviviente”: si sobrevivió, es porque colaboró. Tras su liberación, sufrió calumnias constantes incluso desde la organización Madres de Plaza de Mayo: mientras estuvo secuestrada, Labayru fue obligada a infiltrarse en una reunión de la organización tras la cual fueron secuestradas varias personas y fueron asesinadas por el régimen dos monjas francesas. Se decía que su violador era su amante, que entregó a sus compañeros militantes.

“Los montoneros esperaban mártires cristianos.” El muerto es mártir y el mártir es puro, no puede hacer autocrítica, es en cierto modo un significativo vacío: los partidarios de la violencia pueden hablar en su nombre, gestionar su memoria como desean y decir que su muerte fue necesaria. La sospecha de colaboracionismo sobrevuela todo el exilio de Labayru y perjudica su relación con Alberto Lennie: “Alberto estaba conmigo pero desconfiaba de mí. Todo el exilio le decía lo mismo: ¿Cómo tu mujer puede estar viva? Es una traidora.”

“*Exilio*”: Su liberación es totalmente anticlimática. De pronto, le avisan de que saldrá. Le compran billetes de avión a Madrid, le devuelven a su hija, que le resulta una desconocida. Llega a la capital española el 18 de junio de 1978, sin saber cómo retomar su vida. Incluso liberada, reportó varias veces a los militares durante su exilio.

“*Amores y desamores*”: Labayru no solo tuvo una vida apasionante como montonera, superviviente de la ESMA, exiliada; también tuvo una vida sentimental apasionante, caótica, heterodoxa, muy marcada tanto por sus padres (su madre contrató a un detective para espiar a su marido, “mi madre empezó a competir con mi padre, a ver quién tenía más amantes”, Silvia desde muy pequeña fue partícipe involuntaria de esa dinámica) como por su ideología revolucionaria (la lucha política por encima de todo, los ideales sexuales de los sesenta y setenta).

Pero hay también un gran amor. “La única persona a la que he amado es a Hugo”, su primer novio y con quien vuelve cuarenta años después. Él dice que siempre la quiso; ella está aprendiendo a amar a los sesenta años.

“*Amistad*”: *La llamada* no es una hagiografía. Guerriero da voz a personas que cuestionan el relato de Labayru, que la critican duramente (Alberto Lennie es muy cariñoso y a la vez especialmente duro; la acusa de sufrir síndrome de Estocolmo). Y, sin embargo, autora y protagonista entablan una bonita amistad. El libro está lleno de los mensajes de texto de Labayru, cariñosos y torrenciales. El hecho de que la historia no termine en la ESMA o en el exilio inmediato, que el libro llegue hasta el presente y cuente su vida al completo y con aristas, sirve para quitarle solemnidad a su condición de víctima. Labayru es muy crítica con los supervivientes “profesionales”: “Para esta gente ser un sobreviviente es como que les ha

dado un motivo en la vida. ¿Yo qué soy? Sobreviviente. ¿De qué voy a trabajar? De sobreviviente.”

Leila Guerriero: Hay un yo, su voz es reconocible, pero es una especie de espectro que va guiando la narración, nada más. Es consciente de que lo importante son los personajes. El grueso del libro son largas transcripciones, su enorme mérito es su estructura concéntrica, su ternura siempre desde la distancia. “Soy una enorme bacteria perturbadora en la vida de un montón de gente que había dejado esta historia atrás”, escribe Guerriero en una de las pocas frases personales del libro. *La llamada* es un testimonio esencial sobre la dictadura, el exilio, el terrorismo de Montoneros, la violación como arma de guerra, pero es mucho más: es un retrato honesto y humano de una mujer y su época, es la crónica de una extraña amistad entre una autora y su personaje. ~

RICARDO DUDDA es periodista y miembro de la redacción de *Letras Libres*. Es autor de *Mi padre alemán* (Libros del Asteroide, 2023).

ENSAYO

Una mirada que deshace tópicos y plantea preguntas

por **Reyes Mate**



Agustín Serrano de Haro
HANNAH ARENDT Y
ESPAÑA
Madrid, Trotta, 2023,
176 pp.

Libros sobre Hannah Arendt hay muchos y, los temas tratados, recurrentes. Suelen dar una vuelta de tuerca a la banalidad del mal, al

totalitarismo, al *homo laborans*, al juicio o a la *vita activa*. Lo sorprendente es que en la relación de Arendt con España el autor de este ensayo reciente haya visto un libro que quizá no aporte grandes novedades sobre las ideas arendtianas pero sí de interés para España. Es un libro construido sobre fragmentos o referencias de paso que, más allá de la brevedad, abren horizontes insospechados.

La escritura de Serrano de Haro es fiel a su estilo, caracterizado, en primer lugar, por un gran rigor interpretativo. No se permite ninguna exageración, ni retorcer el texto leído, ni hacerle decir lo que no dice. En segundo lugar, agudeza para llamar la atención sobre aspectos no considerados en las interpretaciones habituales pero que, bajo su luz, resultan significativos.

Concretaría lo dicho en un par de temas que responden a los susodichos rigor y agudeza. El primero se refiere al alcance del totalitarismo en España o, más concretamente, a si la dictadura franquista fue o no totalitaria. Serrano de Haro empieza describiendo con gran finura lo específico del totalitarismo, según Arendt, aquello que lo diferencia de otros conceptos afines como autoritarismo o dictadura. Con ese término se quería nombrar la novedad histórica que representaban el hitlerismo y el estalinismo. Lo específico no es la brutalidad de sus políticas sino algo muy distinto que podríamos traducir por algo así como “sed de mal” o “voluntad de poder”. La violencia ahí no es instrumental o utilitaria, sino cosmovisional y sustantiva. El terror no está en función de ninguna estrategia política sino por sí mismo. Lo peculiar en la dominación totalitaria es que el ejercicio del terror es una exigencia ideológica. El autor recurre a dos enunciados arendtianos para sintetizar esta singularidad. En el totalitarismo “todo es posible” y “todo es necesario”. Todo es posible en el sentido de que no hay límite al despliegue de la acción.

Hay que activar todas sus posibilidades sin restricciones morales o estratégicas, aunque eso suponga la ruina de los actores. Es como una acción instrumental invertida: en lugar de hacer algo para obtener un beneficio, hacerlo porque se puede hacer, aunque eso nos explote en las manos. Y, además, “todo es necesario”: lo que se puede hacer no debe quedar por hacerse pues eso frustraría el sentido de la acción. Como en el relato de “El puñal” de Borges, el puñal, diseñado para matar, tiene que hacer sangre pues de lo contrario se frustraría su razón de ser. En eso el totalitarismo es diferente de las dictaduras que son Estados autoritarios pero con finalidades, de suerte que el ejercicio de la violencia tiene una racionalidad instrumental. La tesis de Arendt, que el autor recoge, es que no consideraba el franquismo como una expresión del totalitarismo, como una “dictadura totalitaria”, porque tenía dos límites: “la Iglesia católica” que por muy nacionalcatólica que fuera tenía su propia moral, y “los militares” cuyos intereses había que tener en cuenta. Franco era bien consciente de que su poder no le venía de un carisma propio (como en el caso de Hitler) sino del ejército, de ahí que lo tuviera tan en cuenta.

Esta idea sobre la dictadura franquista, que no es habitual, me parece reseñable, sobre todo si se la completa con lo que Arendt dice de la República española. Escribe Arendt que la República tuvo que librar tres batallas: a) contra el fascismo, b) contra el anarquismo dentro y c) convirtiéndose en un teatro de la revolución mundial que protagonizaba la Unión Soviética. Tres batallas en una única guerra con la precisión añadida de que los intereses de la Rusia soviética contaminaron todo. Ahora bien, si recordamos que esa Rusia soviética actúa en España en el periodo más estalinista, es decir, propiamente totalitario, entonces, comenta ahora el autor, “no habría manera de

distinguir limpia, enteramente, a un bando como el no totalitario frente a otro como el totalitario”. Habría pues que revisar todas las idealizaciones de la República en curso.

Reconozcamos que esto es una manera de ver las cosas poco usual pero no única. La encontramos en Chaves Novales, en Américo Castro y, recientemente, en Jorge Semprún. En su documental *Les deux mémoires* habla de las dos memorias, que no se refieren a las de las dos Españas de Machado, sino a dos miradas sobre el pasado muy distintas que se pueden dar incluso dentro de cada una de las tópicas dos Españas. En relación al papel del comunismo en la República y en la Guerra Civil detecta dos miradas republicanas bien distintas: una complaciente que, como la que tenían Carrillo y Pasionaria, idealizan el papel del comunismo soviético en la Guerra Civil; otra, crítica, como la de Fernando Claudín, para quien la ayuda soviética fue cara (costó mucho oro) y mala (enviaron malos asesores militares), haciendo a Stalin responsable en buena medida de la derrota republicana. La lectura comunista ha alimentado la leyenda romántica de que la Guerra Civil fue una lucha contra el fascismo y por la democracia. Esa lectura romántica, aunque fuera verdad en muchos brigadistas, por ejemplo, no tiene en cuenta el hábito totalitario del estalinismo que contaminó todo.

Como acabo de decir, este apunte tendría el efecto de acabar con la idealización de la República que tanto jalean quienes traducen la memoria de la Segunda República por el establecimiento de la Tercera.

Pero el planteamiento arendtiano nos arroja una extraña paradoja: Arendt rebaja la gravedad del franquismo (aunque insinúa algún momento autoritario como el de la represión posbélica), al tiempo que eleva el momento totalitario de la República. No es que el franquismo deje de ser una dictadura y la

República una democracia, sino que introduce una serie de precisiones que impiden lecturas triunfalistas en la llamada “memoria democrática”. Este revisionismo parece inevitable siempre y cuando no se pierda de vista lo esencial, a saber, que el golpista fue Franco y que el franquismo fue una dictadura.

El otro aspecto que me interesa señalar tiene que ver con el nacionalismo. Arendt tenía preferencia por las propuestas federales o incluso confederales. Apoyó en las primarias republicanas la candidatura de Rockefeller contra Nixon porque proponía “la formación de una confederación de nacionalidades libres, incluyendo en ello a América Latina”. También defendía una “federación de naciones europeas que renunciando al principio temible de la soberanía nacional, se sostuviera sobre la vigencia de Estados-nación democráticos en compromisos de cooperación mutua”.

Esta visión posnacional de la política se aviene bien sin duda con el escurridizo concepto de la política como promesa o de “la promesa política” (que recuerda al de “democracia por venir” o de “mesianismo sin Mesías” de Derrida). Aboga por una política siempre abierta a nuevas formas de convivencia pues se alimenta de “la energía que emana de ciudadanos libres” que “se hacen cargo de la realidad que comparten”. Una política, pues, siempre abierta, por eso habla de una *polis ausente*, para dar a entender que la política no está constreñida al marco constitucional existente sino abierta a las exigencias o “interrelaciones que ocurran en el espacio público”. El autor aplica este impulso a la situación española, considerando la Constitución de 1978 como una buena concreción de ese impulso democrático de abajo arriba.

Sería interesante preguntarse si esa lógica de apertura que supedita el marco legal a las exigencias de la comunidad no justificaría hoy la propuesta de la amnistía que muchos

interpretan como violación de la legalidad.

Pero no es eso lo que me interesa señalar, sino esto otro que parece entrar en contradicción con ese espíritu posnacional aludido. Me refiero a la afirmación de Agustín Serrano de Haro “el pensamiento arendtiano no encierra ninguna causa general contra el Estado-nación”. Su querencia federalista no supondría ningún atentado a la naturaleza del Estado.

Cabe preguntarse si no hay ahí una cierta contradicción que no se disipa con la distinción arendtiana entre “la nación” (que es lo malo porque sobrevalora la sangre y la tierra que alimentan “el principio temible de la soberanía nacional”) y “el Estado” (que es lo bueno porque se mantiene en el orden jurídico, un espacio en el que la ley garantiza la dimensión universal). Digo que esa distinción no resuelve nada porque el Estado moderno es un Estado-nación, es decir, tiene que tener en cuenta las fronteras físicas, jurídicas y mentales de la nación, incluso en lo que respecta al alcance de la ley.

Me pregunto si en un texto como “Nosotros, los refugiados”, escrito en 1943, no está Arendt denunciando el poder soberano del Estado que se arroga el derecho de dar y quitar ciudadanía, de desnaturalizar o desnacionalizar al judío hoy pero al enfermo o improductivo mañana. El Estado pone siempre un límite al derecho, incluso a los derechos humanos. No hay más que seguir el rastro de cualquier emigrante que llega a la frontera de otro país sin papeles, sin los papeles que da el Estado. No es nada o, como diría Arendt, “solo judío”. Recordemos que en el citado artículo, publicado en 1943, contraponen la figura del *citoyen*, sujeto de derechos cívicos, a *homme* (al que es solo hombre, como el apátrida, el refugiado, el judío). Lo que separa o media entre uno y otro es el Estado que tiene el poder de garantizar los derechos ciudadanos o privar de

ellos incluso a los nacionales (como era el caso de los judíos alemanes). Ahí parece que sí se abre una causa general contra el Estado-nación, una sospecha que queda confirmada en el último párrafo de *Eichmann en Jerusalén*. Hannah Arendt, que tan crítica se ha mostrado con el proceso, acaba sumándose a la sentencia del tribunal aunque argumentando de otra manera. Dice ahí: “puesto que usted ha sostenido y ejecutado una política que consistía en *negarse a compartir la tierra con el pueblo judío* y con pueblos de otras naciones –como si usted y los suyos tuvieran el derecho de decidir *quién tiene derecho y quién no a habitar la tierra*–, nosotros por nuestra parte estimamos que nadie, que ningún ser humano, desea compartirla con usted. Es por esta razón y *solo por esta* que usted debe ir a la horca”. El párrafo no tiene desperdicio. Se suma a la condena a muerte pero no por la participación de Eichmann en “la solución final”, sino por apropiarse de la tierra y arrogarse el derecho a decidir quién la pueda habitar porque es suya. Esa relación de propiedad entre tierra y pueblo es la substancia misma del nacionalismo, una apropiación que viola el derecho de cualquier ser humano a habitar la tierra. La conclusión de Arendt es clara: quien excluye al otro de su territorio, merece ser excluido de la tierra. El lector actual de estas líneas debería tener en cuenta que el mismo derecho que esgrimieron los nazis contra el pueblo de

Hannah Arendt lo exhibe hoy cualquier Estado a la hora de tratar al emigrante que llama a sus puertas...

Hay otros aspectos dignos de mención, como la naturaleza del antisemitismo en el franquismo, que Arendt califica de “artificial”, pues en España no hay judíos desde siglos atrás. Es “artificial” porque “no hay cuestión judía que resolver”, como en Polonia, por ejemplo. Eso no significa que el antijudaísmo español sea menor. Hace falta tener sentimientos muy antijudíos para que se mantengan siglos después de su expulsión. Este antijudaísmo no necesita la presencia física del judío, como pasó en Polonia o Alemania, porque es de orden metafísico: aquí hemos conformado un tipo de español ideal que responde al estereotipo de cristiano viejo y no se tolera “ni una gota de sangre impura”. Interesante es también el debate sobre los distintos usos del concepto “masas” en Ortega y en Arendt. Un concepto que los dos pensadores valoran sobremedida pero que explican distintamente. Para el filósofo español el poder de las masas es el síntoma acusador del fracaso de las élites; para Arendt, señal de la desestructuración de la sociedad de clases. Si el problema, para el primero, era “el imperio brutal de las masas”, para la segunda es “el aislamiento y la falta de relaciones sociales”. Pero, más allá de las diferencias, Ortega y Gasset es uno de los pocos autores españoles que a Arendt le

merecen la pena. A título de inventario queda reseñada la torpeza de la censura franquista con diferentes textos de Arendt. España estaba, a la altura de los años sesenta, tan obsesionada con borrar cualquier indicio que delatara su relación con el nazismo que prohibió un párrafo de *Eichmann en Jerusalén* en el que excepcionalmente salía bien parada (porque Arendt reconoce que en el tema antisemita la España de Franco no siguió siempre los dictados alemanes) pero donde constaba que España era uno de los países amigos, junto a la Francia de Pétain o la Hungría de Horthy, del Tercer Reich. Mejor renunciar al regalo de Arendt que dar la oportunidad al lector de pensar que España tuvo algo que ver con la Alemania nazi. El censor, en su torpeza, había captado algo que en sí es indiscutible, a saber, que la memoria es peligrosa.

Agustín Serrano de Haro, que tan bien conoce a Hannah Arendt, ha rescatado momentos que las grandes lecturas arendtianas dejan en la penumbra pero que, sacados a la luz, resultan luminosos. Ojalá que esta visita de Arendt a España anime a las generaciones actuales a revisar muchos tópicos sobre nuestro pasado que en nada ayudan a la convivencia. ~

REYES MATE es profesor de investigación *ad honorem* del CSIC en el Instituto de Filosofía.



**Síguenos
en X**

@Letras_Libres

**LETRAS
LIBRES**

La libreta que abre puertas

por Mercedes Cebrián



Patrick Bixby
PERMISO PARA VIAJAR.
UNA HISTORIA CULTURAL
DEL PASAPORTE
 Traducción de Laura
 Estefanía
 Madrid, Katz, 2023, 248 pp.

Durante la pandemia de covid y su correspondiente confinamiento, muchos retomaron aficiones olvidadas y algunos, como Patrick Bixby, profesor de la Universidad Estatal de Arizona, escribieron libros tan valiosos como esta historia cultural del pasaporte, justamente en un momento en que esa preciada libreta tamaño DIN A6 descansaba en los cajones de casi todos a la espera de nuevos viajes.

En *Permiso para viajar. Una historia cultural del pasaporte*, Bixby expone y desarrolla de forma amena y entusiasta el peso emocional que ha tenido y sigue teniendo el pasaporte, ese objeto que oscila siempre entre lo personal y lo político. Además de abrirnos o cerrarnos fronteras, el pasaporte tiene la facultad de contar historias y nos invita a profundizar en conceptos candentes como el de nación y el de globalización. Al potencial literario de esta credencial y a sus resonancias afectivas, Bixby les ha sabido sacar mucho juego.

Pero el pasaporte no nació tal como lo conocemos hoy: hace milenios, los protopasaportes se emitían en formatos mucho más aparatosos como tablillas de arcilla o incluso de oro, por eso Bixby divide su ensayo en tres partes y dedica la primera a estos antepasados del actual documento. La segunda, un breve interludio, nos lleva al momento en el que se creó el pasaporte que manejamos en la actualidad, ya a principios del siglo xx, y en la tercera nos hace

viajar por —y gracias a— los pasaportes en su formato y concepción actuales y también imaginando su existencia futura.

Uno de los puntos fuertes de este libro es la gran cantidad de casos, tanto reales como de ficción, de los que el autor echa mano para ilustrar las vicisitudes asociadas al uso de este documento. De hecho, se podría afirmar que el libro está vertebrado a base de ejemplos que siempre son pertinentes para explorar los temas elegidos por Bixby. En él aparecen desde el pasaporte de James Joyce, que le permitió residir en Zúrich, Trieste y París en una Europa en guerra, hasta las tablillas de oro llamadas *paizis* que varios miembros de la familia Polo —Marco, por supuesto, pero también su padre Nicolò y su tío Maffeo— emplearon para atravesar Asia sin sufrir demasiados percances, pues el emisor de los *paizis* era nada menos que Kublai Kan.

Los primeros usos figurativos de la palabra pasaporte en inglés, según traza Bixby, se encuentran en una obra de Philip Sidney, un escritor inglés del siglo xvi que obtuvo el permiso de la reina Isabel I —materializado en un documento al que hoy llamaríamos sin duda pasaporte— para viajar por Europa a formarse intelectualmente. En uno de sus escritos, Sidney se refiere al “gran pasaporte de la Poesía”, necesario para filósofos e historiadores, y a lo largo de los siglos subsiguientes será cada vez más frecuente toparnos con esa palabra en la literatura, tanto en sentido literal como figurado. Un buen ejemplo lo tenemos en la novela *La cartuja de Parma*, donde Stendhal la menciona nada más y nada menos que 71 veces, debido a que su protagonista, Fabrizio del Dongo, choca con el sistema de pasaportes del Imperio de los Habsburgo cada vez que intenta cruzar una frontera internacional, algo que desea hacer con frecuencia dado su espíritu

aventurero. Con esta reflexión sobre la frecuencia de aparición del pasaporte en la novela, tomada del académico Jesper Guldal, Brixby nos hace ver que Del Dongo es “un individuo imbuido en la historia, es decir, en las fuerzas sociales y políticas que definen su momento histórico”.

La palabra “pasaporte” está estrechamente vinculada con la palabra “aeropuerto”, de ahí que Bixby también le dedique espacio en su ensayo a las recreaciones tanto literarias como cinematográficas de ese ritual fronterizo, fatídico para algunos, que se lleva a cabo en esos no-lugares y que implica mostrar el pasaporte a las autoridades antes de tomar un vuelo o tras un largo viaje en avión. Las películas *La terminal*, de Steven Spielberg, o *El mito de Bourne*, de Steve Greengrass, ambas estrenadas en 2004, exploran esas situaciones que tanta vulnerabilidad generan, pues nos reducen a la condición de extranjeros. Ambos largometrajes se asoman también a la evolución del pasaporte, que está dejando de ser un objeto autónomo donde se encuentra toda la información necesaria sobre los viajeros para pasar a convertirse, en palabras de Bixby, en “un objeto en red, conectado a bases de datos mediante microchips y antenas, con todos los problemas de privacidad, seguridad de la información y usurpación de identidad que conlleva la conectividad”.

A través de los periplos que han sufrido quienes han necesitado un pasaporte para salir de un país —incluida la momia del Faraón Ramsés II, a la que le proporcionaron uno para entrar en París en 1976 a recibir un tratamiento que ralentizase el deterioro de su cadáver— llegamos al final de este ensayo con una comprensión mucho mayor sobre nuestra inseparable libreta de cubierta granate, azul marino o verde, que nunca miraremos como antes.

Tras la lectura de un buen ensayo, la realidad ya no nos parecerá la

misma, pues habremos aprendido a contemplarla desde distintas perspectivas; justamente eso nos sucede al llegar a la última página de *Permiso para viajar*. ~

MERCEDES CEBRIÁN es escritora. En 2022 publicó *Cocido y violonchelo* (Literatura Random House).

MEMORIAS

Los inventores de los felices veinte

por **Bárbara Mingo Costales**



Calvin Tomkins
VIVIR BIEN ES LA MEJOR VENGANZA
Traducción de Carlos Losilla
Barcelona, Alpha Decay, 2023, 107 pp.

A principios de la década de 1960, Calvin Tomkins, crítico de arte de *The New Yorker*, recién mudado desde Nueva York al otro lado del río Hudson, trabó amistad con una pareja de casi setentones que vivía en la casa contigua. No tardó en enterarse de que los “alegres, divertidos, atentos” Murphy, Sara y Gerald, le habían servido de inspiración a Scott Fitzgerald para su novela *Suave es la noche*, escrita en medio de grandes tribulaciones a lo largo de casi un decenio y publicada en 1934, cuando el escritor y Zelda habían avanzado tanto en su camino de autodestrucción que ya no podrían darse la vuelta.

Los Murphy no parecían identificarse con la pareja protagonista, Dick y Nicole Diver, ni estaban en principio muy dispuestos a recordar aquella parte de sus vidas (o su vida, pues funcionaban en unidad como “una extraña alquimia”); además, en la Wikipedia aparecen en una sola entrada recogidos como pareja) transcurrida en la Costa Azul.

Pero Tomkins, que se había ganado su confianza, consiguió convencerlos para que le contasen lo que recordaban de aquellos años. A partir de las grabaciones, Tomkins compuso un largo artículo que se publicó en *The New Yorker* en julio de 1962. En 1998 se publicó una nueva edición con un añadido en el que Tomkins estudiaba la carrera pictórica de Gerald y su lugar en la historia del arte, que en la década de los noventa le estaba reservando un sitio más visible.

Lo acaba de publicar Alpha Decay con una traducción de Carlos Losilla en la que es posible reconocer el tono ligero y lleno de gusto por la vida del original. El relato es rítmico y descansado más en los detalles iluminadores que en el análisis profuso. Este tono es idóneo para el tema, pues aquí se nos cuenta algo que es apasionante siempre, por muchas veces que lo hayamos oído, y es la vida de los expatriados estadounidenses instalados en Francia después de la Primera Guerra Mundial. Una vida que asociamos a la libertad, la levedad, la alegría de vivir... una especie de paréntesis de frivolidad no banal que acabaría con el crack del 29. Una vez más leemos estas aventuras, y gracias a la habilidad de Tomkins nos parecen nuevas. La relación con los Fitzgerald ocupa solamente una parte de la historia, si bien su descripción de la debacle del matrimonio está muy bien explicada con algunos detalles que consiguen incardinarla en el destino común de la generación entera. Son páginas muy bellas que, probablemente gracias al amor con que los recuerdan los ya ancianos Murphy, consiguen dar toda la hondura a unos personajes que han sido comidos por los arquetipos.

Desde el principio entendemos que los Murphy fueron dos personas muy carismáticas que dejaban deslumbrado a todo el mundo. No solo eso, sino que además eran extraordinariamente amables, cariñosos, comprensivos y generosos. Fueron ellos

los que organizaron, casi improvisaron, la fiesta por el estreno del ballet *Las bodas*, de Stravinski, que se celebró en una gabarra en el Sena y que aquí se cuenta en una escena que representa admirablemente tanto el espíritu de la época como la naturaleza de las personas que la vivieron: Cocteau y sus aprensiones, Diáguilev y sus ideas de las jerarquías o Stravinski y su preocupación por su carrera. Para adornar las mesas, como era domingo y no se podían encontrar en todo París floristerías abiertas, aunque sí jugueterías, los Murphy colocaron composiciones de pequeños juguetes de colores, coches, soldaditos, muñecos, lo que dejó a Picasso alucinado y probablemente sembrado para su trabajo futuro.

Porque los Murphy parecen haber sido los inventores de casi todo lo que hemos conocido luego como los felices veinte, y hasta de la misma idea de Francia que el país supo explotar tan bien a lo largo del siglo xx. Fueron los primeros en desplazarse a Antibes para pasar los meses de verano, atraídos en principio, hay que decirlo, por Cole Porter, que había sido compañero de universidad de Gerald (que, dicho sea de paso, odió sus años universitarios). Ellos pusieron de moda la Costa Azul, el uso de las camisetas de rayas de los marineros mediterráneos como prenda chic, la afición por los establecimientos locales que acabarían por convertirse en el no va más para los millonarios estadounidenses que llegarían en poco tiempo a gastarse el dinero, pero también fueron impulsores de la actividad artística, colaboradores desinteresados de los ballets rusos, amigos de los artistas de todos los países que habían coincidido en París, artistas ellos mismos, y todo esto sin pretensiones de epatar, sin esnobismo ninguno, por el genuino interés de probar a vivir de una manera nueva, más acorde con su manera de sentir. Por el deseo, quizá muy americano desde Thoreau, de vivir una vida verdadera

y no descubrir al morir que no habían vivido, pero esta vez en las calles y las costas de Europa. Acabamos por intuir cómo los devenires de las sociedades tienen su germen en cosas aparentemente pequeñas, en revelaciones en lugares lejanos, y que quizá la profunda influencia norteamericana en Europa no comenzó al acabar la segunda guerra mundial, sino que viene de antes y por vías inesperadas.

El relato es muy animado y luminoso, inspira muchas ganas de vivir y ensayar cosas nuevas, provoca un nuevo asombro por hechos que ya conocemos, pero hay algo que se menciona en el prólogo y que cubre toda la lectura con su sombra de nube negra. Es la muerte de dos de los hijos del matrimonio. Vamos recorriendo con ellos la década de 1920, idílica, chispeante, pero sabiendo algo que ellos ignoran y es que algo terrible va a pasar. Parece todo imaginado para una novela, pero ocurrió de verdad en unos años en los que se fundaron muchas cosas que aún están vivas. *Vivir bien es la mejor venganza*, por cierto, es un epigrama de George Herbert. ~

BÁRBARA MINGO COSTALES es escritora. En 2024 ha publicado *Lloro porque no tengo sentimientos* (La Navaja Suiza).

HISTORIA

Una arqueología del antifascismo

por **Rafael Rojas**



David Jorge
DE LA REVOLUCIÓN AL
ANTIFASCISMO. LA
KOMINTERN Y EL
DESARROLLO DE UNA
CAUSA TRANSNACIONAL
Madrid, Catarata, 2023,
336 pp.

El historiador español David Jorge (Lugo, 1987), profesor e investigador de El Colegio de México, ha escrito

un libro exhaustivamente documentado sobre los actores y las redes internacionales de la izquierda iberoamericana en la primera mitad del siglo xx. El eje institucional del estudio es la Tercera Internacional Comunista o Komintern, pero su arco de implicaciones recorre gran parte de la comunidad política e intelectual de la izquierda latinoamericana y española entre la Revolución rusa, la Revolución mexicana, la Segunda República y el antifranquismo en España.

Es muy común la premisa de que la Guerra Civil española (1936-1939) fue la antesala de la Segunda Guerra Mundial y la lucha antifascista a escala mundial. Este libro opta por un enfoque arqueológico que interpreta el conflicto español, en buena medida, como desenlace de una pugna abierta desde el triunfo de la Revolución bolchevique en 1917 y la propagación organizativa del comunismo internacional.

El circuito antifascista de la Komintern no comenzó a crearse con los frentes populares y la consolidación estalinista de los años treinta sino en la década anterior, durante el periodo bolchevique y la estrategia de “clase contra clase”. La campaña de solidaridad con los anarquistas italianos Sacco y Vanzetti, ejecutados en la silla eléctrica en Massachusetts en 1927, estudiada al detalle por Moshik Temkin, los debates dentro del Partido Comunista Italiano, donde se perfilaron las posiciones enfrentadas de Antonio Gramsci y Palmiro Togliatti, y la resistencia contra los “Mussolinis tropicales” en América Latina (Leguía, Gómez, Estrada Cabrera, Machado...) fueron anteriores a los frentes populares.

También algunas ramas institucionales de la Komintern, como la Internacional Sindical Roja (Profintern), la Internacional Campesina (Krestintern) o el Socorro Rojo Internacional, de gran protagonismo en el espacio latinoamericano,

provenían de la época en que Zinóviev y Bujarin encabezaron aquella enorme red. El antifascismo habría nacido desde que llegó al poder el primer fascismo, es decir, el italiano en 1922. En las dos décadas siguientes, la Komintern ejercería una ascendente hegemonía sobre el amplio espectro antifascista, que restó heterodoxia, pluralidad e ímpetu revolucionario al campo de las izquierdas.

La historia global de ese antifascismo atraviesa las diversas etapas de la Komintern, hasta llegar a los frentes populares que anteceden y acompañan la Guerra Civil española. Pero muchos de los actores de aquellas redes, el italiano Vittorio Vidali, el argentino Victorio Codovilla o el polaco León Gaikis, una de las figuras centrales del kominternismo en México y España, cuyo liderazgo pone de relieve este libro, habían hecho el trayecto completo, desde los tiempos de Lenin hasta los de Stalin.

Por el camino, David Jorge reconstruye con mucha destreza narrativa e interpretativa algunos capítulos conocidos, como las campañas internacionales a favor de la lucha de Augusto César Sandino en Nicaragua y Farabundo Martí en El Salvador, el impacto del asesinato de Julio Antonio Mella en la Ciudad de México y el papel articulador de algunas parejas emblemáticas del transnacionalismo comunista como las de David Alfaro Siqueiros y la poeta uruguaya Blanca Luz Brum, Vidali y Modotti, Diego y Frida, Rafael Alberti y María Teresa León.

La parte central del libro está dedicada a lo que el historiador entiende como un tránsito “del foco latinoamericano al foco español” en la Komintern. Tras la llegada de Hitler al poder en Alemania, los frentes populares de España y Francia configuran el nuevo rostro del antifascismo internacional, delineado en el séptimo congreso de la Komintern, en el verano de 1935, bajo la dirección del búlgaro Gueorgui Dimitrov.

El libro repasa la puesta en práctica de la línea frentista en España, desde su amplia convocatoria intelectual, verificada en el primer Congreso de Escritores Antifascistas de París, hasta la mezcla de apoyos y presiones al gobierno de Manuel Azaña y Francisco Largo Caballero. Vidali, Codovilla, el comunista francés Jacques Duclos y el soviético Dmitri Manuilski fueron los operadores de aquel pacto, aunque también se destaca la labor de los socialistas Julio Álvarez del Vayo y Margarita Nelken, quienes a pesar de no militar en el Partido Comunista, o precisamente por eso, hicieron contribuciones valiosas al frentismo.

Del lado de las juventudes comunistas y trotskistas hubo reticencias, como muestran los pasajes dedicados a Santiago Carrillo, que en 1936, tras ser liberado de la cárcel, se sumaría al Frente Popular. Carrillo sería clave en la incorporación de sectores de las juventudes trotskistas a la alianza, a pesar de que el propio Trotski cuestionó el frentismo como una estrategia de factura estalinista. Un viaje posterior de Carrillo a Moscú lograría la cuadratura del círculo, sumando parte considerable del comunismo y el socialismo españoles a la causa del antitrotskyismo.

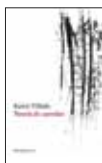
El libro de David Jorge no deja dudas sobre el peso de la línea de la Komintern en la creación del gobierno del Frente Popular, que llegó al poder en España en las elecciones parlamentarias de febrero de 1936. En las páginas finales, sin embargo, hay advertencias pertinentes sobre los equívocos de extremar el argumento, al punto de negar toda autonomía al gobierno republicano o concederle demasiada: “en un escenario tan extraordinario como era el de la España en guerra cabían matices intermedios”. ~

RAFAEL ROJAS es historiador y ensayista. Su libro *Breve historia de la censura y otros ensayos sobre arte y poder en Cuba* se encuentra ya en circulación bajo el sello de Rialta Ediciones.

POESÍA

Y K¹

por **Diana Garza Islas**



Karen Villeda
TEORÍA DE CUERDAS
Madrid, Vaso Roto, 2023,
112 pp.

Desde el ámbito de la física, la teoría de cuerdas existe como un conjunto de postulados que nos invitan a representarnos la realidad como un campo conformado por diferentes estratos, cada uno con elementos en estado potencial. Si bien la teoría de cuerdas describe o imagina el comportamiento de las partículas en el mundo subatómico, en nuestro mundo *más* visible, una expresión posible de esta teoría sería la de los multiversos, como relatos infinitos unificados en un relato raíz.

En uno de esos universos, Karen y la otra Karen son la misma persona; en otro, Karen soy yo quien ahora habla sobre ella; en otro hilo de los que forman la cuerda, los lectores se llaman así; en otro más, todas somos Karen; en otro multiverso, Karen nunca existió. Todas las posibilidades de las kárenes se organizarían, siguiendo esta teoría, como un conjunto de hilos interdependientes que convergirían en la unidad de la cuerda.

Congruente con el planteamiento epistemológico de la teoría de cuerdas, en este libro, el yo realiza desplazamientos simultáneos entre todo lo que está existiendo, ahora mismo, en potencia, y que puede convertirse en *algo* a partir de la mirada que lo hace existir: “Entonces algo o alguien, por un principio geométrico, / es una cuerda de nunca acabar.”

Las cuerdas no empiezan ni terminan en ningún lugar ni en ningún momento, son como la vida, que

se explaya en un *continuum* con nudos esporádicos a los que podríamos llamar *muerte*. La vida es esa cuerda que se anuda y sigue, aunque quien la viva sea otro. Esa cuerda tiene el mismo nombre toda ella, pero ya no es la misma cuerda luego del nudo. Es y no es.

Ocurre como en el síndrome del hijo sustituto, quien es y no es el abuelo, el hijo o el pariente muerto de quien el recién nacido hereda el nombre.

De algún modo, este libro explora ese síndrome, pero sería simplificador decir que el libro *trata* sobre eso: “A los dos meses de mi nacimiento, ella murió. / Antes de que yo naciera, mi madre le preguntó lo siguiente: / ‘¿Le puedo poner tu nombre?’ / Ella dijo que sí.”

El libro trata sobre el hijo sustituto, sí, pero también trata sobre los quehaceres mismos de la escritura poética. ¿Pues no es la escritura también ese síndrome, el de tomar el lugar de alguien o dejar que alguien tome tu lugar? Podría decirse que escribir es reconocer y darle espacio a ese alguien quien no soy y escribe por mí. *Que* escribir es no ser mía. Y en un movimiento paradójico, escribir es también buscar una pertenencia: “Tener es el único verbo que existe. ‘No soy de mí’”

Desde que la autora *lo supo*, que ella no era absolutamente ella, empieza una aventura doble: separarse de sí misma, morir de esa identidad y buscar un segundo nacimiento, a partir del reconocimiento de la falta, de lo que no tiene: un nombre propio. Este libro, como acaso todo libro de poesía, existe como una apropiación del nombre y una asunción sobre el género. Ser mío o mía. Ser para sí mismo.

Teoría de cuerdas puede leerse como un ejercicio psicoanalítico a través de la escritura, que irá desde la toma de conciencia de sí o la falta de sí y la meditación sobre el trauma, hasta la edición o transfiguración de este a partir de la tachadura. Una niña toma

1 Este grafo debe leerse, al menos, de cuatro formas: girando la hoja 90°, 180° y 270°.

el lugar de la hermana de su madre, no solo de forma simbólica y nominal, sino físicamente. Una niña toma el lugar de su tía en la mesa de la cocina, así de tangible y literal es la sustitución. El principio de Arquímedes enuncia que todo cuerpo sumergido en un líquido experimenta una fuerza hacia arriba equivalente al peso del volumen desalojado; podríamos decir que, en este libro, el volumen del cuerpo colgado es desplazado por la escritura.

El asunto se complejiza porque no se trata de cualquier sustitución ni de cualquier clase de muerte. Se trata de una ahorcada por mano propia. Se trata de una mano que pareciera prolongarse desde el trasmundo hasta el cuello y el mundo de la viva: “De acuerdo a ciertas estadísticas (obviamente no son todas), somos demasiado mortales. Pero ella era más que demasiado mortal. Ella es más. *Porque sigue aquí colgada de mí.*”

Escribir existe, entonces, para revertir el verbo *mátate* por *quédate*. Para no repetir la historia:

4. Es que *lo mismo no se puede escribir*
“anvétebras y reverterás su muerte” Ella

se puede escribir un Poema separado por la misma cuerda
¿Ella se escribe?

5. *Ella no se escribe* / solo algo y alguien
/ *nunca ella* / yo y la cuerda / reclamo

un seudónimo deshonesto que la sustituye / ignominia de los cinco o seis sentidos [...]

Las yemas tocan los hilitos de las cuerdas, pero como percepción extrasensorial la intuición metalingüística llega a otros lugares más recónditos, a las entrecuerdas del sistema psíquico. La autora se desplaza en estos poemas realizando una reflexión crítica de la gramática. Una de sus reflexiones insistentes es sobre la dualidad y el binarismo a partir de los géneros, algo que ya había venido haciendo desde su primer libro, *Tesouro* (2010), aunque es hasta esta obra donde revela, acaso, con más claridad, la raíz de esa obsesión: la dualidad primordial es la que existe entre Karen tía suicida y Karen sobreviviente.

Otra dualidad primordial: el cadáver y quien reconoce al cadáver: “*Quién la encontró. / Alguien está aquí muerto. No alguien que la conociera. Pero él la fue a reconocer. / Un él y la ella. Él la reconoce sin conocerla y ella, la autora, sin haberla conocido tampoco, la reconoce también: reconoce a la muerta que no desea ser, o no tanto o no más que nominalmente. En la sustitución de Karen por Karen, ella se convierte en un él, acaso para tomar el lugar del hermano o del hombre que, en la hipótesis descartada del suicidio, tal vez la mató. Ella se convierte en él para sí amarla. La identificación*

de Karen como un *él* funciona como distancia y autoafirmación, pues *ella* es la otra: “Dijeron: Se llamará como ella y no he sido ella.”

Además de la búsqueda del nombre y del género propio, en este libro se desmenuzan otras dualidades. No se trata solo de ser una u otra o ella o él sino alguien y mío: “No soy de mí y no sé nombrar las cosas.” Brutal declaración para una poeta, cuando se tiene por lugar común que es el/la poeta quien conoce y da el nombre a las cosas en el mundo. Karen no se posiciona en un lugar adánico y ultraterrestre, reconoce su falta, su no pertenecer a sí misma ni a otra, y su anhelo de pertenecerse para saber nombrar y nombrarse, en un movimiento que podríamos pensar más cercano al espíritu de quien escribe poesía: no saber, sino intentar, ir tentando a oscuras lo que no está *definido*.

La gran dualidad que se plantea en el libro es una confesión terrible: “El libro de tu vida en dos capítulos: los días que no piensas en matarte y los días en los que sí.”

Esta disyunción está marcada por la letra y, letra que une a la vez que separa: “Algo o su distancia de ella, / ella y yo, y, y, y / yo que tenía trece años cuando lo supe.” Visualmente, la y remite a la soga del ahorcado. E idénticamente distintas, como las kárenes, son también la y y la k. Esta disyunción, este vaivén, como el cuerpo



LETRAS
LIBRES

¡Suscríbete! 12 números €50

balancéandose de la cuerda, permite que el género fluya: no solo entre ella y él, sino entre el poema, el ensayo, la prosa. Aunque en esta obra lo híbrido no es nunca caótico, hay una voluntad de dar orden, de ofrecer definiciones, que es otro proceso insistente en los libros de la autora: “Algo y alguien buscan una definición.”

Alguien es el sustantivo primordial, el nombre propio que se busca para desplazar a la muerta y a la muerte, para ser y pertenecer, aunque en el afán de apartar la muerte y vivir se endilgue otro peso muerto: el de la obligación de ser-alguien, el *hambre feroz* de hacer cosas como una estrategia obsesiva para ocultar la falta, el miedo a lo real que somos, vacío.

Escribir, como ejercicio psicoanalítico, se trata también de reconocer que no es necesario ser un ser-alguien. Escribir es aceptarnos en nuestra falta de ser, en nuestra insuficiencia y transitoriedad. Karen opone al *alguien* el *algo*, lo que no sabemos bien qué es y no se puede definir y desconocemos y nos llama. Algo así como materia en estado bruto. Lo que puede ser una u otra cosa. El estado cero de la cuerda. El primer título que pensó la autora para este libro fue ese: *Algo*: “Algo o su presagio. Algo o su preciso instante. Eso ya está manido. Algo o lo que puede ser algo. O una apariencia. Sin lugar. Locuaz. Mentiría yo o materia.”

Esta última dualidad es además una tríada, formada por *alguien*, *algo* y *eso*: la sombra, ese quién sabe qué que nunca es suficiente, ese sabor amargo o ese sabor que no termina de formarse en la boca.

Entre todas estas definiciones y tanteos e intentos por nombrar y pensar y pensar y pensar, hay una iluminación en este libro: “Ella quiere ser primitiva, pero piensa demasiado en sí misma.” En este verso sencillo y ligero, como una rendición, se irradia la posible transfiguración del complejo psíquico, no solo de quien escribe este libro, sino tal vez de cualquier otro complejo. Se trata de dejar de pensar

excesivamente sobre lo que nos define, como si efectivamente fuéramos algo específico, una partícula puntual y no un estado vibracional, un filamento, como quiere la teoría de cuerdas.

Se trata de asumir el deseo de lo primitivo, de lo que no es *alguien*, ni *algo*, ni *eso*, lo que solo es. La última palabra en este libro es *allá*. “Te veo allá”, le dice Karen a Karen. Pero no se trata de un pacto de muerte, de una cita con el *más allá*, sino de una afirmación del quedarse aquí a explorar las potencialidades de los hilos que hacen vibrar a la cuerda.

Los seres primitivos no piensan en la muerte, porque tal vez la muerte solo existe como un defecto del propio acto de pensar. *Allá* es lo que queda fuera del pensamiento, *allá* es donde ya estamos, aquí y ahí, en lo múltiple que somos. *Allá* es la transfiguración del grafo y en *k* y triceversa, y de todo lo que queda más allá y/o más acá de cualquier nombre o definición, que, como seres cuerdos y primitivos, ya no necesitamos. ~

DIANA GARZA ISLAS es escritora y artista multidisciplinaria. Su libro más reciente es *Primer folio de las vidas reunidas de Almería Smarck* (UAEM, 2021). Perteneció al Sistema Nacional de Creadores de Arte de México desde 2023.

CORRESPONDENCIA

Un diálogo restituído

por **Maya González Roux**



Margo Glantz y Tamara Kamenszain
YA TE LLEGARÁ.
CORRESPONDENCIA 1984-1997
Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2023, 110 pp.

“Escriban”, reclamaba constantemente Margo Glantz al terminar muchas de sus cartas dirigidas a Tamara Kamenszain y a Héctor Libertella.

“Escribe pronto, ya mejoró el correo”, respondía a su turno ella. Porque la carta sin duda supone una respuesta, las reiteradas insistencias de las escritoras resumen la impaciencia de la espera. Este intercambio epistolar entre grandes amigas, Glantz y Kamenszain, está invadido por el ansia a la que nos somete la demora: *Ya te llegará. Correspondencia 1984-1997*, cuyo título hace eco de esta espera, se propone restituir justamente el diálogo entre ellas. Fue el encuentro fortuito de las cartas de Margo, conservadas preciosamente por Tamara, el que propició el proyecto de hacer un libro que tomó forma cuando la mexicana aceptó de inmediato y con entusiasmo que una copia de las cartas recibidas fuera enviada a Buenos Aires (los originales se encuentran en Princeton, con el archivo Glantz).

La amistad entre ellas comenzó un poco antes de 1979, año en el que Kamenszain llegó a México junto con Libertella, su marido por ese entonces, y su hija. Allí, en el Distrito Federal, la pareja de escritores conocería el sabor amargo y penoso del exilio que en parte solo puede mitigarse gracias a la amistad y al encuentro con el otro. Durante esos años, la amistad entre las escritoras sin duda se afianzó y tomó un nuevo rumbo, el de la escritura, cuando Tamara y su familia regresaron a la Argentina con el retorno de la democracia. El año de 1984 da entonces inicio a este intercambio en el que resplandece el estilo propio a cada escritora: así, las regulares “asociaciones libres” de Margo para Tamara eran propias de su estilo saltarín y elegante, como escribe a propósito de *La lengua en la mano*, una “manera de decir con desparpajo cosas pesadas, en fin, un verdadero homenaje a [su] propia mano, diestra en encontrar múltiples recursos para desarrollar una escritura fragmentaria”.

Las cartas, se sabe, pertenecen al presente, a la coyuntura que las alimenta. El juicio a las Juntas en Argentina, el terremoto de 1985 en

México, la muerte de Borges –“la confirmación de que ya entramos radicalmente en la era de la mediocridad”, lamenta Kamenszain–, son algunos de los hechos históricos que se mencionan. Pero también estas cartas son el fruto del deseo, de las inquietudes de cada escritora y de sus historias. Por eso, vale preguntarse qué ocurre en el transcurso de ese largo periodo de intercambio –en sentido estricto diez años, ya que no hay cartas en 1987, 1989 y 1996, año este en el que Margo visitó Buenos Aires–. ¿Qué sucedió? Sucedió la vida. La vida como mujeres profesionales que se mantienen firmes en su elección, la de vivir de la escritura. Porque, si bien una y otra en 1984 ya poseían una carrera encaminada, lo cierto es que a través de este intercambio se ponen en evidencia las dificultades de cada una para profesionalizar su escritura: “Marguito querida [...], parece que este vicio de querer desesperadamente escribir cuesta muy caro y uno vive pagándolo”, una obstinación cuya contracara es la del aburrimiento que produce el trabajo burocrático, imposible de abandonar para dedicarse exclusivamente a la escritura, como confiesa Margo. No escribir significa para ella anquilosarse y, lo que es peor, amargarse.

Aquella elección supone, a su vez, una fuerte reivindicación para la escritura femenina que una y otra enarbolan: “Al leer tu texto, y tu carta –comenta Margo–, se me ocurre que es otra forma de reivindicar la escritura femenina, la del bordado y el tejido y la costura y la de la tajada de los senos, un poco agitada y sangrienta.” Dicho esto, no hay sorpresa al leer que esa elección –vivir de la escritura– repercute en otro motivo recurrente en las cartas: el dinero y su escasez que le impedían a Margo, a pesar de sus anhelos, acabar con las relaciones burocráticas pues no tendría dinero para vivir. ¿Y mientras tanto? Malgasta el que tiene con “una

constancia digna de mejor causa”, apunta con desparpajo y, un poco más adelante, con exigencia: “escriban, ingéniense para que pueda ir a visitarlos”, “consíganme ser jurado en un concurso importante y llegaré a Buenos Aires a partir plaza”. Solo una invitación institucional, que en reiteradas oportunidades se solicita como una súplica, podrá promover el tan anhelado reencuentro. Como la carta, el encuentro “ya llegará”.

Omnipresente en todo el libro, la dificultad por profesionalizar la escritura tal vez sea más palpable en las cartas de Tamara, quien, como todo exiliado que retorna a su tierra, debió además afrontar el desfase y la adaptación obligada a la Argentina: “se trata de aprender una nueva forma de vida y en eso estamos”, le explica a Margo. El regreso deseado, pero penoso, que allí leemos es expresivo de la delicada realidad económica que por ese entonces atravesaba el país, una circunstancia cada vez más angustiante y que, en lo que respecta a las cartas, aumenta la ansiedad de la espera generada, por ejemplo, por la prolongada huelga del correo. Más de veinticinco días, escribe Kamenszain, “nos están dando a los argentinos una visión del mundo como desde las trincheras”. Esta “relación ejemplar” se convertirá, por lo tanto, en azarosa.

La admiración mutua, la nostalgia, el tenaz deseo por reencontrarse prontamente son todos sentimientos de este vínculo que resisten a las distancias. Pero si hay algo que también las une es su ascendencia judía que mencionarán con picardía: “Quisiera escribir algo sobre esto [la situación de México después del terremoto] y quitarme la judísima culpa de no haber participado en las brigadas de salvamento y dedicado solamente a leer y ver tvé y recorrer las zonas de desastre, que los son verdaderamente.” O aun, en una de las últimas cartas, Tamara le revela: “Margotita querida [...], acabo de obtener la beca Guggenheim [...]. La beca viene en el momento justo y trataré de

poder gozarla (hecho nada fácil para una judía quejosa).”

A pesar de que algunas de estas pocas cartas “rescatadas”, y que en su origen pertenecen al universo privado, fueron levemente modificadas a pedido de Glantz, eludiendo algunos detalles personales, el mundillo literario y cultural se filtra en comentarios un poco ácidos, pero sobre todo chistosos. Octavio Paz es el blanco predilecto: “por culpa de Paz el menos silencioso de todos los poetas y por eso quizá el bueno en poesía pero no en vida que conozca, parece señorita de quince años cuando cumple setenta, me harta. Estamos preparándole un cumpleaños azteca, como dice Alejandro [Rossi], y esperamos que luego no tengamos este tipo de poetas por unos cincuenta años para que el país se reponga”. Y Margo, generosa, parece ser quien más sabe derrochar comentarios. “Necesito tus chismes, morocha. Escribí pronto y contame alguna cosa sabrosa. Si es de tu vida, ¡mucho mejor!”, clama Tamara.

Al ofrecer un lugar al otro, la carta es por antonomasia hospitalaria. Tan hospitalaria como lo fue Margo con Tamara en México y ella en Argentina con su “Marguito querida”. Queda por ver si estas cartas rescatadas consiguen realmente añadir algo a estas dos grandes voces que, en cambio, sí lograron profesionalizarse. ~

MAYA GONZÁLEZ ROUX es traductora y doctora en estudios hispanoamericanos por la Université Paris 8. Actualmente es investigadora del Conicet (Argentina).

